

# LA VENGANZA

Por Antonio PEREIRA

Que un hombre que está en la fosa, o sea, en el panteón, se siga riendo de uno no hay cosa que me dé más rabia. Si aún le corriera sangre por las venas, ni transfusión ni nada me lo iba a quitar a mí de las manos. Todavía estoy viéndole la cara alargada, el chivo de don Máximo Figueroa, y en la cara los ojos como unas brasas que se comían a Rosalía, Ahora aquellos ojos se los habrán comido a él los gusanos, pero yo sé que siguen riéndose esas veces, aunque no sean todas, gracias a Dios, cuando estando en la cama me recuerdo y no hay nada que hacer, por mucho que Rosalía...

-Pero, ¿qué te pasa a ti, hombre? Así sois todos, que en seguida se os pasa el capricho.

Yo, callado.

-Claro, ahora los hombres las que queráis. A saber las ocasiones que tendréis cada día los conductores de un coche de línea.

Rosalía fue la mejor hembra de todo nuestro pueblo y todavía les puede a muchas de casada. Eso es primero un orgullo, para el hombre que se lleva el gato al agua, pero también acaba trayendo cabreos. La suerte que no soy celoso. Si no fuera el pensamiento de don Máximo con su perilla recortada y canosa, que de vez en cuando se me aparecía delante del parabrisas o en el papel con flores que le hemos puesto a la habitación para hacernos la idea de que es una habitación diferente.

Apuesto cualquier cosa a que el tío descubrió pronto lo de Rosalía. Que nada más verla de niña. Don Máximo sería un cabroncete figón, pero todos dicen que más listo que Séneca. Nada más echarle el ojo a Rosalía tuvo que verle por los andares el desarrollo que iba a tener cuando se hiciera mayor, pero con todos los detalles de la mujer en pequeño. La tiene que haber mirado cantidad de veces al pasar la chica viniendo de la Presa, con esa mirada suya que si no le han partido la cara es por lo que fueron en tiempos los Figueroas y también por los de solitario y un pobre loco.

Rosalía jura que jamás en la vida cruzó una palabra con ese señor.

-No tiene usted que jurar edad, señora- le dijo el juez, y eso que Rosalía era todavía una chica soltera-: lo único que tiene usted que hacer es ratificarse en la diligencia.

Esos términos de los jueces y abogados. Yo me hubiera echado para atrás si no estuviéramos amonestados del domingo anterior. Ahora hasta me habría gustado a mí tener un oficio más oculto, y no el de ir y venir por donde todos, sentado en la cabina

del Pegaso como quien está de exposición en un escaparate.

-A mí no me importa nada en teniendo la conciencia tranquila- dijo ella con esa afición tan suya de hacer la cruz y te lo juro por estas.

-Pero, ¿y los demás?

-A los demás que les den por ese sitio.

Bueno. Ella lo dijo más claro, o sea, con todas las letras. La lengua de las Marteches de junto al río.

«Se prohíbe hablar con el conductor»

Pero la gente no sabe lo que habla el conductor de un coche de línea para sus adentros. Fue un tole tole que no se supo de otra cosa durante días, pero aunque a mí no se me dirigían, bien sabía yo de lo que iban los comentarios. Exageraban sobre todo en cosa de alhajas y el dinero; era un tarro de ciruelas en almíbar conteniendo 8.530 pesetas, cantidad de ellas en moneda fraccionaria que bien le vendrían, es lo primero que pensé, a Pepe el cobrador para el cambio una vez que se sentenciara el asunto. Algo más había en la libreta del Banco, pero es de locos lo que cuenta el sepelio y si es un arcón de castaño con los apliques. Todo estaba en el inventario que se sacó antes de echarlos precintos, que no fueran a aparecer otros señores un día, estantería con más o menos ochocientos libros, mesa escritorio provista de quinqué y escribanía, pistola antigua que no puede considerarse como arma útil; así mueble por mueble y cacharro por cacharro, aquí en la memoria se me quedó por la manera que tiene esa gente de escribir las cosas.

-Yo no firmo nada sin que tú entres conforme- dijo Rosalía que era echarle encima complicaciones y ponerse ella más apetitosa.

-Tiene padre y madre; yo en esto no soy nadie, y hasta me alegro que por faltar unos días no me toque ningún cuidado

-La interesada es mayor de edad- dijo el juez- ella no necesita de ustedes y puede obrar por sí misma.

Lo que yo no acababa de entender el porqué de que nos hubiera caído a nosotros, o sea, a la que iba a ser mi mujer. Y que no haya alguna ley castigando que se usa el nombre de otro sin el consentimiento. El notario de ahora es andaluz y sin dejar de ser serio en sus cosas, gasta una especie de guasa, dice que con los casos caprichosos que él conoce podrían escribirse así de novelas. A don Máximo Figueroa o de Figueroa lo llevé yo una vez, una sola, en los años que estoy en la Rápida. Me acuerdo porque fue subirse él y quedarse en silencio el autobús, cuando de continuo es un gallinero en estas líneas, donde todo el personal se conoce. La historia de los Figueroa dice don Jaime, el corresponsal de El Faro, que es el mismo caso del venir a



menos de España. Los antepasados del difunto, en tiempos, mandaron hacer el altar dorado de la parroquia; otros trajeron la escuela de sordomudos y la de artesanos; después ya andaban en hipotecas y en almonedas hasta dar en este último Figueroa, donde se les acaba la raza. Si sigue viviendo un poco más ya no hubiera tenido donde caerse muerto. Bueno, en eso es previsora la gente, que aunque no coman siempre tiene a mano sus buenos mármoles. Pero sigue royéndome aquí en los sesos lo de Rosalía. Y además, ¿cómo pudo saberle el tipo el segundo apellido? Si no lo había sabido yo después de años de relaciones. Lo del papel de puño y letra hay que reconocer que tiene buena redacción, y el detalle del sobre lacrado a su señoría, el señor juez que intervenga en la causa. Cien veces me lo he leído todo, además de que guardo la fotocopia. Lo primero es la plena posesión de las facultades mentales, pero eso lo dice cualquiera; hasta un loco de atar se pensará que los demás son los locos. O sea, que hallándome en plenitud, etcétera, la casa número 17 de la calle Real. Todos los bienes muebles y enseres, así como dinero que pueda haber de puertas adentro en la susodicha casa, más la libreta del Monte de Piedad, más dos títulos de crédito (y aquí, el nombre completo de la Rosalía; ¿se da usted cuenta?); y nada más la condición de las dos docenas de crisantemos todos los años en el día de San Máximo Obispo, que cae el 7 de enero. Eso es lo que decía, pero con algunos ringorrangos.

-Algo tiene que haber aquí, te digo- le decía yo como un martillo pilón a la que iba a ser mi señora.

Y ella:

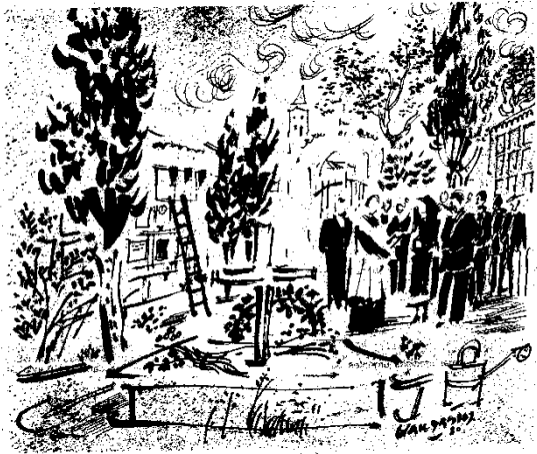
-Pues a ver tú, que eres tan listo, a ver si sacas el acertijo

-¿Pero es que nunca habías tenido confianza con él, que nunca tienes entrado en su casa a lo mejor para hacerle el recado?

-No estarás pensando alguna “gochada”... Además que podía ser de sobra mi padre

Me vino como un rayo de luz con esa palabra. Hay que reconocer que sería lo más propio, según ocurre en cualquier historia de testamentos. Se lo dije a Rosalía. Ella se echó a reír encima de mí con sus pechos subiendo y bajando a dos centímetros de mi boca.

Se paró de repente y, con esa cara de guardia, me dijo que no fuera a enterarse su madre, a no ser que estuviera yo con ganas de dejar este mundo. Tanto, no, pero sí un poco harto de las coñas y “Que sea enhorabuena” “Eso sí que es un regalo de boda” ¡Y de un invitado que no hace gasto! Lo de que fuera un regalo estaba por ver, las pagas extraordinarias y a veces las otras se nos van en papeles para el registrador o el notario, los impuestos, por aquí y por allá. Todo por una casa vieja y de un poco servicio que ni siquiera puede tirarse porque no dejan los de Bellas Artes. Los libros vino uno de fuera y los compró al peso. Los trajes y demás indumentos e incluso las navajas de afeitar, yo ni tocar por nada del mundo. Sólo me avine en coger los gemelos, y esto por no



exagerar los desaires contra el difunto. Mi señora parece que habla de él hasta con un poco de cariño. ¿Usted qué me aconseja? Ahora estoy viendo que se echa encima el día del santo y el papelón de ir ella sola con las flores a la capillita donde está el viejo con todos los Figueroa. Es lo que se explica ce por be en los papeles ológrafos.

Claro, comprendo que en esto es difícil el consejo y que tiene que arreglárselas uno mismo. Mire. Desde que yo empecé a ser novio de Rosalía, siempre que pasábamos por delante estaba don

Máximo en su puerta bajo el escudo medio vencido, y a ella era comérsela con los ojos. Aquí soy yo el que tengo que confesarme. Me gustaba paseársela por delante de las narices. Me parece que esto no se lo he dicho a nadie, pero hacía por pararme un poco antes, a encender con calma un cigarro, y me daba gusto ser joven y fuerte, y del barrio de la Presa, frente al último aristócrata de la calle Real. Con ella yo no hacía ningún comentario. Pero sé que me lo adivinaba. Andaba más provocadora que nunca, a las mujeres les gusta jugar con fuego. Una vez, al fin, lo vi a él tan consumido, menos en aquellos ojos como garfios, y una mirada tan golosa que no pude contenerme y delante mismo de su barbita afilada porque la calle es estrecha le hice ese corte que ningún hombre que sea hombre puede aguantar. Él lo aguantó, y pensé que todo lo que le echaran. Pero me miró con el mismo orgullo que tiene el Figueroa de hace mil años que está en la estatua de la plaza, y todos los otros Figueroa, en los retratos de la escuela de artes y oficios. Luego echó una risita corta como un puñal que jura vengarse, ¡pero qué miedo iba a tenerle yo por entonces a sus venganzas! Me recuerdo a Rosalía tirando de mí y luego arrimándome el calorcín suave de la cadera, de manera que lo dejé al don Máximo Figueroa porque yo no sabía de herencias póstumas. La culpa es mía por olvidar que hasta arruinados o muertos siempre quedan por encima los mismos.